



El Séptimo Concierto de la Orquesta Sinfónica “Venezuela”

Un programa musical verdaderamente interesante nos presentó la Orquesta Sinfónica “Venezuela” en su 7º concierto, efectuado el viernes de la semana pasada. Programa interesante, sobre todo, por su rica variedad.

Las cinco obras ejecutadas en dicho concierto pertenecen al período histórico-musical comprendido entre fines del siglo XVIII y fines del XIX. En ese espacio relativamente corto de un siglo, ¿cómo es posible observar semejante diversidad de estilos y de escuelas? Cronológicamente, Mozart, el clásico, abre esta serie, con su admirable *Sinfonía N° 39*; al otro extremo se halla Rimsky-Korsakof, el ruso moderno, con su brillante *Scheherezade* (Tercer movimiento de la Suite). Entre ambos, Rossini (*Obertura de Guillermo Tell*), Wagner (*Llegada al País de los Cisnes Negros*), y Saint-Saens (*Danza Macabra*): estupenda trilogía en la cual Saint-Saens, el francés, viene a representar algo así como un amable conciliador de las tendencias diametralmente antagónicas de la estética “rossiniana” y “wagneriana”, antagonismo que no pudo menos de convertir en tempestuosos rivales al terrible italiano y al coloso alemán.

Valgan estas consideraciones para preguntarnos: ¿puede pedirse un programa musical más interesante que el del último concierto de la Sinfónica “Venezuela”?

El público que asistió a dicho concierto supo apreciar ésto y, además, la buena interpretación de tales obras, que fueron todas calurosamente aplaudidas. La tenaz labor de los directores Sojo y Martucci sigue, pues, dando los mejores resultados. Esto lo reconocen todos, pero... desgraciadamente la grey melómana de la capital no siempre logra vencer ese “certo non scé” —¿indolencia, acaso?— que le impide a veces asistir con más puntualidad a estos espectáculos, que son desde luego, *para todos* en general, y para ellos, para los aliados de esa amable y numerosa grey, en particular.

Para terminar, diremos que merecen especial felicitación, a más de los ya mencionados directores, el profesor Alberto Roldán, quien supo destacarse en el solo de violoncello de la obertura de “Guillermo Tell” ejecutándolo pulcramente y con sentida expresión; Ascanio Negretti, el violín solista, quien hizo lo propio en el difícil pasaje de la “Scheherezade”, a él encomendado, y la arpista, señora María Bellacci, que con tan fino gusto artístico realzó la delicada parte que tocamos en este importante concierto.

J. B. P.

(Para ELITE).